

Lo que África hizo con nosotros

*Hay viajes que no se eligen: se anuncian,
como esos presagios antiguos que uno no sabe
si temer o agradecer.*

Federico Paoloni
@fdpaoloni · fedepaoloni.com
15 de noviembre de 2025

La aventura empezó mucho antes de hacer la valija, porque hay viajes que no se eligen: se anuncian, como esos presagios antiguos que uno no sabe si temer o agradecer. Theroux decía que un viaje no se mide en kilómetros, sino en lo que te deja desnudo. Kapuściński sabía que viajar es permitir que el mundo te toque donde más duele. Moret escribía que uno viaja para comprobar si todavía queda algo en uno que pueda maravillarse. Cercas agregaría que los viajes revelan al hombre que llevamos escondido.

Todos, sin saberlo, hablaban de lo mismo: del instante en que el viaje deja de ser un trayecto y se convierte en un espejo implacable.

Antes de África, Oriente me había golpeado con suavidad. Un largo recorrido por Tailandia me enseñó que las certezas son apenas muebles que acomodamos para no tropezar con la vida. Fue un cimbronazo amable, casi didáctico. Pero África no enseña así. África no educa: sacude.

No pregunta. No explica. No suaviza.

África te mira y decide si estás listo para soportar la verdad.

Porque África no es un país; es un mosaico vivo, feroz, inmenso, arcaico y nuevo a la vez. El norte, faro islámico cuando Europa aún se tambaleaba. El oeste, reinos antiguos marcados por cicatrices coloniales que nunca terminan de cerrarse. El sur, moderno y desértico.

Y el este: África Oriental, la pieza más inquietante, más salvaje, más bella, más inexplicable del continente.

África Oriental

Durante siglos, África Oriental fue la sombra que respiraba en el mapa universal. La Royal Geographical Society, desde Londres, enviaba a sus hombres con la soberbia de un imperio y el miedo de quien sabe que algo lo espera detrás de la selva. Burton, Speke, Livingstone, Stanley... Ninguno buscaba solo un río: buscaban ordenar el caos que África provocaba en sus mentes.

Pero lo que encontraron no fue un río. Fue un territorio que devolvía la mirada. Selvas donde la luz parecía un intruso. Montañas que variaban según quién las contara. Lagos que respiraban bajo la niebla. Rutas que se abrían y cerraban como criaturas vivas.

Y debajo de esa mitología inquietante, la realidad más cruda del Índico: el comercio del marfil y del ébano. La selva entera vibraba cuando un tronco de ébano —negro, denso, duro como un destino trágico— caía sobre la tierra. Desde Kilwa, Bagamoyo y Zanzíbar partían caravanas cargadas de marfil, madera y esperanza rota. El viento traía el olor de la sal, del clavo, de la madera herida... y de algo innombrable que se te pegaba al alma.

Moret escribió que África Oriental era una herida que nunca cerraba. Kapuściński que allí la historia temblaba. Reverte que ningún hombre regresaba intacto.

Y yo entendí que más allá de todas las palabras, África Oriental era —y sigue siendo— la sombra más brillante del mosaico africano, el territorio donde lo bello y lo terrible caminan juntos sin pedir permiso.

Un territorio que no se explica. Que no se rinde. Que no se arrodilla ante nadie. Un territorio que, cuando finalmente decide hablarte, lo hace con una frase silenciosa que te persigue toda la vida.

El pedido de biromes

La nuestra llegó temprano.

Nos ocurrió en Arusha, al amanecer del segundo día, rumbo a Tarangire. El Land Cruiser detenido, los guías reponiendo provisiones, el aire tibio vibrando sobre la ruta. Una escena simple, banal, inocua.

Hasta que apareció un vendedor con unas pulseras envueltas en plástico.

Esperé el regateo. El pedido desesperado. El precio inflado para turistas.

Pero no pidió dinero.

Pidió biromes.

Biromes para que sus hijos pudieran aprender a escribir.

Eso fue todo. Un gesto breve. Un pedido humilde. Una mirada digna.

Y nos quebramos. No por lástima, sino por vergüenza: por comprender que aquello que para nosotros es un objeto trivial, para él era un pasaporte al futuro. Moret diría que fue un instante que explicaba un continente. Cercas que fue el momento que desnuda al viajero. Yo digo que fue el segundo exacto en que África nos abrió la herida luminosa por donde entraría todo lo demás.

Tarangire

Tarangire fue el umbral. Baobabs que parecían sostener al cielo con resignación antigua. Elefantes que no caminan: desfilan. Jirafas moviéndose como sombras de otro tiempo. Impalas tensos como cuerdas. Un silencio que no es vacío: es respeto. Tarangire no busca impresionarte. Te examina. Te mide. Decide si merecés ver lo que guarda.

Serengeti

El Serengeti fue la revelación. No un parque: un mundo previo al mundo. Un océano de tierra viviente donde los animales no aparecen: son. Donde los amaneceres incendian el cielo como si fueran mensajes de un dios arcaico. Donde los ñus avanzan como una idea colectiva. Donde las cebras ordenan el caos en blanco y negro. Donde los leones custodian la quietud. Donde los guepardos cortan la distancia como flechas silenciosas. Donde las hienas ríen cuando cae la tarde.

El Serengeti no se narra. Se sobrevive.

Ngorongoro

Y entonces el Ngorongoro. El cráter imposible. El santuario que nació del fuego. Un anfiteatro natural donde la vida se mueve como si obedeciera a una ley secreta. Rinocerontes quietos como estatuas vivientes. Hipopótamos respirando como montañas sumergidas. Elefantes cruzando la caldera como sabios paleolíticos. Leones dormidos con la soberbia de quien no teme nada.

Bajar al Ngorongoro no es un recorrido. Es una ceremonia.

Los custodios y Zanzíbar

También visitamos a los masái, custodios de la dignidad vertical; y a los hadzabe, habitantes del instante puro, maestros de un presente que nosotros, con nuestras urgencias occidentales, jamás entenderemos.

Y por fin, Zanzíbar: la isla que parece inventada. Donde África, Arabia e India comparten la respiración. Donde la luz es un regalo. Donde las playas no admiten traducción.

El eco humano

Pero ningún paisaje es épico sin su eco humano. Viajar con Luz, mi gran y fiel compañera fue ver África dos veces: una con mis ojos, otra con los suyos. Hubo momentos —los más importantes, los que no se pueden contar sin traicionarlos— en los que la emoción nos tomó por sorpresa. A veces por la belleza, a veces por la injusticia, a veces por lo que la vida te muestra cuando decide que ya es hora de crecer. En esos instantes, África dejaba de ser inmensa y se volvía íntima: cabía en la mano que ella apoyaba en la mía.

Y estuvo también el grupo: compañeros de tierra, de silencio, de risa, de asombro. Porque la épica nunca es individual: necesita testigos.

África es demasiado vasta para ser escrita, demasiado viva para una frase, demasiado honesta para un adjetivo. Pero este texto intenta guardar algo de ese mosaico infinito: su nobleza, su bravura, su misterio oriental, su sombra luminosa.

Y la certeza de que no solo viajamos por África: África viajó por nosotros.